

Escritores Españoles en París



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5ª pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Esteban Gonzalo, 2022

Ilustración de sobrecubierta: © Raúl Arias, 2021

Cubierta: Detalle de *La Porte Saint-Martin* (1909), de Maurice Utrillo



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-98-0

Depósito legal: M-10888-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

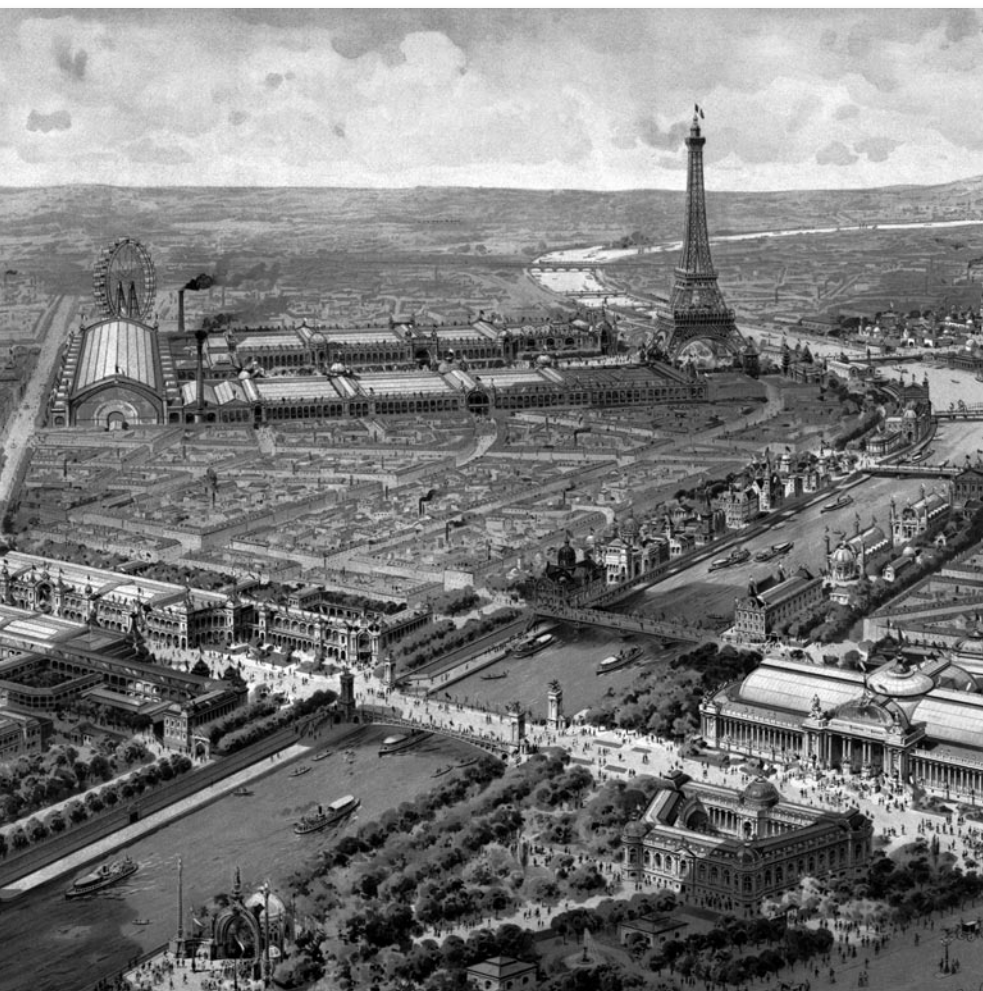
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Escritores Españoles en París

José Esteban





Vista panorámica de la Exposición Universal de París de 1900.



Índice

Introducción	9
ANTOLOGÍA AUTORES Y TEXTOS	51
Ignacio de Luzán (1702-1754)	53
José Mor de Fuentes (1762-1848)	59
Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882)	73
Modesto Lafuente (1806-1866)	87
Mariano José de Larra (1809-1837)	93
Roque Barcia (1823-1885)	99
Emilio Castelar (1832-1899)	107
Carlos Frontaura y Vázquez (1834-1910)	113
Julio Nombela (1836-1919)	117
Nicolás Estévez Murphy (1838-1914)	125
Benito Pérez Galdós (1843-1920)	135
Pompeyo Gener (1848-1920)	145
Luis Taboada (1848-1906)	149
Emilia Pardo Bazán (1851-1921)	151
José Sánchez Guerra (1859-1935)	157
Santiago Rusiñol (1861-1931)	167
Alejandro Sawa (1862-1909)	177
Miguel de Unamuno (1864-1936)	185

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928)	205
Luis de Tapia (1871-1937)	221
Pío Baroja (1872-1956)	229
José Martínez Ruiz (Azorín) (1873-1967)	245
Manuel Machado (1874-1947)	255
Ramiro de Maeztu (1875-1936)	267
Antonio Machado (1875-1939)	271
Manuel Azaña (1880-1940)	277
Eugenio D'Ors (1881-1954)	287
Isidoro López Lapuya (1882-1927)	293
Julio Camba (1884-1962)	299
José Gutiérrez Solana (1886-1945)	307
Francisco Pompey (1887-1974)	315
Corpus Barga (1887-1975)	323
Ramón Gómez de la Serna (1888-1963)	349
José Bergamín (1895-1983)	357
Carlos Esplá (1895-1971)	363
Luis Buñuel (1900-1983)	369
Ramón J. Sender (1901-1982)	383
Andrés Carranque de Ríos (1902-1936)	391
Max Aub (1903-1972)	401
César González Ruano (1903-1965)	409
Arturo Serrano-Plaja (1909-1979)	419
Lorenzo Varela (1916-1978)	423
TRES ESCRITORES HISPANOAMERICANOS	429
1. Rubén Darío (1867-1916)	431
2. Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)	437
3. César Vallejo (1892-1938)	447
EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE	453



Cada hombre de espíritu tiene
dos patrias: la suya y París.

MANUEL MACHADO

Introducción

¡PARÍS! ¡París!

Ir a París. Andar por París. Vivir en París..., ese es y fue el gran deseo de casi todos los escritores españoles. O sería mejor decir, de casi todos los españoles.

«Francia —escribió una vez José Vidal Beneyto— ha sido nuestro compañero más inexcusable, nuestro enemigo necesario. Si eliminamos del pasado acontecer español esta parcela fundamental de nuestra realidad, ni nuestra historia ni nuestra literatura, son explicables. Mas de mil años unidos a un mismo destino de paces y contiendas, de confrontaciones y reencuentros, unidos/separados por los Pirineos, Francia ha sido desde siempre para nosotros una especie de interacción traumática en la que los parámetros amor/odio han funcionado y se han sustituido con relativa facilidad. Una relación a la que nuestros exilios y nuestras emigraciones le han conferido una vitalidad, para bien o para mal, permanente».

Pero Francia se ha resumido siempre en París. Todo ha pasado por allí; allí se ha decidido y creado, y hasta tal punto que para las familias españolas los niños vienen de París. La historia de las relaciones entre París y los españoles, singularmente de los artistas, escritores y creadores, es la historia de una fascinación. Hemingway escribió que quien de joven ha vivido en París ha asistido a una fiesta que le acompañará mientras viva. Y más aún si se tiene algo que ver con las artes o las letras. París refugio, París escuela, París otorgador de famas y consagraciones para españoles. París, resumiendo, como eterna fascinación, para los que nacimos y vivimos al otro lado de los Pirineos.

El censo de los españoles que han hecho del Barrio Latino su segunda patria es casi infinito.

En la introducción a *Bosquejillo de la vida y escritos*, de Mor de Fuente, Manuel Alvar escribió:

París fue para los hombres del siglo XVIII el ideal supremo de sus aspiraciones. En nuestra literatura hay un suave recuerdo, emocionado siempre, hacia la capital francesa: Pero Niño, el Romancero, Garcilaso... París nace —aspiración incumplida— para nuestra cultura en el siglo XVIII. Cada nombre español que pasa por la capital francesa levanta rumores nuevos, interpretaciones personales de la gran ciudad: Luzán, Mor de Fuentes, Mesonero, Ganivet, la Pardo Bazán, Baroja, Azorín. En las otras, París es el trasfondo o la curiosidad superficial; falta la preocupación de tipo trascendente y falta también el comentario cordial hacia «el gran París».

Ignacio de Luzán, a raíz «de una larga mansión en una de las cortes más cultas y brillantes de Europa, concibió escribir la glosa de cuanto había visto en París». Estas eran las razones que aducía: «No creo adular a una nación, ni agraviar a las demás, si digo que París es el centro de las Ciencias y Artes, de las Bellas Letras, de la erudición, de la delicadeza y del buen gusto».

Ya en 1907, apareció en las prensas madrileñas un libro cuyo título podría resumir este prólogo y hasta este libro, *El tributo a París*. Su autor, un joven periodista español, Luis Bello, había pasado unos años en la ciudad del Sena como corresponsal y se sentía obligado, como tantos y tantos otros escritores españoles, como yo mismo, a rendir su particular tributo a París. Era, como tantos otros, un español educado no ya en el culto, sino en la superstición de París. «En este culto a París ha habido —escribe—, ante todo, un poco de historia y un mucho de literatura».

En otros tiempos, en pleno absolutismo, los emigrados políticos hallaron en París un amable refugio y toda Francia era y fue para ellos la tierra de la libertad. «Desde las tristes márgenes del Sena...», los emigrados españoles completaron la ardua labor de los afrancesados y fueron creando alrededor de París una leyenda que resultó sumamente atractiva en las ingratas márgenes del Manzanares. «Para los espíritus descontentos, los que habían de subir al patíbulo por orden de Cea o de Calomarde, de Eguía o de Erros, los que esperaban el piquete o la cuerda en la época más benigna de Narváez, París, con monarquía o con República, era la ciu-

dad ideal». Residía en ella la libertad francesa, «creada para todo el género humano, libertad que logrará algún día el universo entero por el justo título de la razón».

El periodista Luis Bello recuerda que aquellos emigrados vieron entrar en París «a una dama desdichada, pálida como la muerte, que huyó al saber en la frontera de España el fusilamiento de su marido con cincuenta y dos compañeros de martirio. Entonces reinaba en Francia Luis Felipe, un rey de transacción, y el jurado absolvía a los Amigos del Pueblo considerando que no había delito en decir: Queremos la República». Los compañeros de esa dama que se llamó doña Luisa de Torrijos debían sonreír ante la tiranía de Luis Felipe, porque eran capaces de aceptar sin temblor la del propio Marat. Hablar de París era hablarles de un porvenir lejano que ellos no habrían de ver nunca en su patria, con sus ojos mortales. Todos los exaltados, todos los románticos del progreso —¡libertad, igualdad, fraternidad!—, soñaban con las glorias tribunicias de la Convención y se creían con alientos para repetir el heroísmo de los girondinos.

Con los años, disminuidos o apagados los rescoldos de la revolución, quedó entre nosotros la influencia de la literatura francesa, decisiva y privilegiada. Nombres franceses han informado toda la cultura española durante muchos años. «La generación anterior ha aprendido el positivismo de Comte; ha vulgarizado su romanticismo progresista con Michelet y con Laurent; ha visto en Proudhon las primeras resquebrajaduras de la organización económica; se ha enterado por Renan que puede haber un escepticismo piadoso

y científico y por Guyau, de que puede crearse una religión social. Cuando su francés se lo permitía aprendió a recitar versos de Musset, de Hugo, de Lamartine y de Leconte de l'Isle, y más tarde versos de Baudelaire, de Verlaine y de Mallarmé. Adoró a Balzac, leyó lentamente a Flaubert, se dejó seducir por el gran Théo y oyó todos sus secretos a los Goncourt; colocó aparte para la admiración a Merimée y fue ruidosamente en pos de las aventuras de Alejandro Dumas. Todavía nosotros hemos podido apasionarnos por o contra Émile Zola y entregarnos de corazón a la fantasía de Alphonse Daudet y descubrir en una hora inolvidable la selva oscura de los cuentos de Maupasant».

Es verdad y lógico ese entusiasmo.

Pero lo mismo puede afirmarse de todas las generaciones posteriores españolas. Solo se hace preciso cambiar aquellos entrañables nombres por otros más actuales y no menos entrañables. Lo que para mí generación fueron los nombres de Proust, Gide, Breton, Apollinaire, Malraux y tantos y tantos otros, no es para descrito.

El interés particular por París, y en general por la literatura francesa, de los escritores de finales del siglo XIX y principios del XX, es un lugar común para cualquier curioso lector, y no digamos para cualquier estudioso. No hay uno solo que no conociera, viviera y hasta amara intensamente a París, y no dejara sus recuerdos, sus emociones, sus experiencias. Contamos con libros dedicados a historiar su paso por los amplios bulevares, sus encuentros con los famosos escritores franceses, sus influencias y sus logros.

«Ciudad hirviente, luminosa, intensa, donde el espíritu se agitaba en perpetua vibración y donde los más miserables tenían derecho al orgullo, amparados por la fama de los otros. A París emigraban los que en su Patria sintieron una necesidad intelectual no satisfecha, y allí adquirían carta de naturaleza. Unos iban a la conquista de París; todos estaban conquistados por París antes de ponerse en campaña. Sin contar la turba innumerable de extranjeros que, sin salir de su nación, vivían con el alma puesta en París, teniéndolo por centro de sus pensamientos y por aduana de todas las artes y de todas las ciencias».

Los sonoros versos de Verlaine fueron un reclamo unánime para los poetas y los bohemios españoles. «Todos hemos querido a París —escribió Eduardo Zamacois— como se quiere a una mujer. Voltaire dejó prendida su sonrisa en cada calle de la ciudad que será siempre la cámara nupcial de todos los enamorados del mundo. París es una canción». «Porque París, para los que lo conocemos en toda su suavidad y lo amamos en todo su esplendor, es algo más que un nido, algo más que un refugio, es un santuario, es la fuente milagrosa de las nobles inspiraciones, es la ciudad santa del mundo moderno». Esto lo escribió Gómez Carrillo, otro enamorado de París.

Este brillante *boulevardier*, en crónica al *Madrid Cómico* publicada en 1889, hablaba de los periodistas españoles allí radicados: «No quiero hablar sino de los que ejercen, de los que están en servicio activo, de los que, cada mañana o cada mes, escriben y firman. Hablar de los otros, de los anó-

nimos y de los desconocidos, sería imposible. ¡Son tantos!». El primero de todos ellos es Bonafoux. «Dicen que yo le elogio por costumbre. Eso probaría que mis virtudes no son malas. En realidad le elogio porque le admiro. En otro tiempo, la amistad hubiera podido influir en mis juicios. Hoy que nuestra amistad está casi muerta de frío, mis alabanzas no obedecen sino a un principio de justicia, siempre vivo en mi ánimo». Cita después a Fray Candil, cubano, «que no solo es mi amigo, sino que no pierde ocasión de atacarme, también le alabo. Para mí el elogio no es una moneda, con la cual se compra otro elogio. Es un desahogo agradable». Cita también a Santiago Romojara, corresponsal en París de quinientos periódicos de España y América. «Su tarjeta dice: “*Correspondant de 500 journeaux étrangers*”». No olvida a Isidoro López Lapuya, madrileño, que escribía para *El País*. «Escribe bien. Es medido, recortado, ponderado, y a veces también florido. Tiene dos especialidades: la gramática y el socialismo. Como socialista vale menos que como gramático. Ha escrito una obra más grande que la *Ilíada*, un volumen de seiscientas páginas sobre los verbos irregulares. ¡Les verbos irregulares!». Menciona a Sempau, que escribía también para *El País*. Un buen día le presentó en París a Oscar Wilde:

—El señor Wilde, poeta y criminal. El Sr. Sempau, asesino de Postas.

Se miraron con simpatía y callaron. Al cabo de un cuarto de hora, Sempau preguntó a Wilde:

—Usted que es inglés, ¿conoce a Shakespeare?

—¡Lo adoro! —respondió el otro.

Luego, al salir, mi paisano me dijo: «Wilde es un verdadero artista, adora a los “buenos autores”».

Y termina diciendo: «Hay en París una gran colonia española de literatos y sabios». Cita a Zerolo, y dice que debería ingresar en la Academia, y a Manuel Machado, que compone poemas en honor «de los ojos de mis queridas».

Luis Bonafoux, residente en París por aquellas míticas fechas de finales del XIX y principios del XX, dejó un curioso libro, especie de memorias, *Españoles en París*, admirado y asustado de que la ciudad fuera como una sucursal de la Puerta del Sol. «No sé si es cierto que hay 35.000 españoles en París. Sí sé que hay muchos; quizá demasiados. Sean tantos o cuantos, ¿de qué viven? La mayor parte viven, o parece que viven, de dar lecciones de español».

Para el temido cronista, «los artistas españoles que viven arrinconados en Montmatre y en Montparnasse, sin autobombos ni platillos, sin saber de nadie y sin que nadie sepa de ellos, orgullosos de su arte y de sus andrajos, fanáticos del ideal y despreciadores toda pompa, son colosales y admirables». Además, reflexiona, «que quien vive actualmente en París vive en París y en Madrid al mismo tiempo, y ni que decir tiene que está en la mismísima gloria».

Y Ricardo Fuente, también afincado en París, contaba que era una especie de «portal de Belén adonde no una estrella sino todas las del firmamento literario guiaban a los hombres de letras».

Isidoro López Lapuya, otro amante de París, dejó un apasionante libro, *La bohemia española en París a fines del siglo pasado*, que subtitula: «Desfile anecdótico de políticos, escritores, artistas, prospectores de negocios, buscavidas y desventurados». Todo un fresco de la vida, aventuras y sobre todo desventuras de los españoles en la ciudad de sus sueños; especie de memorias, no muy frecuente entre nosotros, que cuentan «los detalles de la vida media, de los hombres que iban camino de la cumbre y no llegaron a ella».

El París de finales del siglo del XIX no solo albergaba a bohemios y artistas españoles, sino a políticos que allí vegetaban y conspiraban, exiliados de la primera República, como Manuel Ruiz Zorrilla, el capitán Carlos Casero o Nicolás Estévanez, que preferían morir en el extranjero si no conseguían instaurar en España un nuevo régimen. En fin, todo ese abigarrado y apasionante y hasta bochornoso mundo que han constituido siempre los numerosos exilios españoles, donde el heroísmo y la generosidad vivían mezclados con la bohemia y la picaresca.

Para el citado Bonafoux, los españoles en París: «pueden dividirse en tres clases, a saber, españoles que no se reúnen más que ellos mismos, pudiendo decirse que siguen viviendo en España; españoles que solo se reúnen con los naturales del país, donde viven, y españoles que no reuniéndose con los unos ni con los otros, viven como solitarios. Para los del primer grupo, que son mayoría, no pasan años ni vicisitudes. Tienen los pies en los bulevares y la cabeza en la Puerta del Sol y

juzgan todos los acontecimientos, así los propios como los extraños, con el mismo criterio que rige en la villa y corte».

Debemos al autor de este curioso libro observaciones parisinas dignas de recordación. Está en el París de 1899 y escribe: «París ha sido siempre matinal, pero en aquel tiempo lo era mucho más que hoy. La jornada de ocho horas ha contribuido a la pereza en levantarse; los trabajadores, los pequeños empleados, los horteras, los tenderos, las costureras y modistas, toda la gente, en fin, que forma el enjambre de la colmena humana, estaban de pie entre las cinco y media, cualquiera que fuese el tiempo. Entre seis y seis y media de la mañana, los ómnibus y los tranvías partían de sus puntos términos, llenos de bote en bote. En las paradas intermedias, por casualidad se hallaba un sitio. En consecuencia, muchas personas preferían ir a pie». El parisino, pues, era andarín, y recorrer quince o veinte kilómetros en un día se consideraba una bagatela.

Pero la presencia de muchos de estos escritores españoles en París no hubiera sido posible sin la existencia de la casa editora Garnier, que preparaba la edición de un monumental Diccionario Enciclopédico de la lengua española destinado a los países hispanoamericanos. Esta noticia corrió como la pólvora por los mentideros madrileños, entre hambrientos y absurdos, donde pululaban los llamados «proletarios del arte». El periodista portorriqueño Luis Bonafoux, corresponsal en la capital francesa de *Heraldo de Madrid*, se ha comprometido a escribir las biografías de los escritores de allende el mar, pero solamente de los

mueritos. *Monsieur Garnier* conoce sobradamente la fama del periodista y no quiere problemas. Desde aquel momento, 1894, todos los españoles acuden a Bonafoux. «Yo quería relacionarme con Bonafoux para que me ayudara a encontrar trabajo en la editorial Garnier, refugio de españoles emigrados», escribe Zamacois, y Gómez Carrillo cuenta en *La miseria de Madrid*, que esperaba «una respuesta de la editorial Garnier, a la cual le había propuesto una antología de cuentos franceses traducidos, anotados y prologados por mí». «Hay qué decir que para todo español bohemio en París, trabajar en la casa Garnier era el sueño de su vida», dice en otro momento el escritor guatemalteco.

Sin embargo, la mejor descripción de esa casa-asilo de bohemios españoles en París se debe a López Lapuya. «Por aquella puertecilla (se refiere el autor a la que daba acceso a la librería española), sin embargo, han entrado los más ilustres maestros de la literatura hispanoamericana. El siglo xx, en sus dos tercios por lo menos, ha sido editorialmente ornamentado por las producciones salidas de aquel rincón modesto».

Parece ser que fue Ernesto Bark (otro apasionante personaje que pululó entre París y Madrid), el que llevó a López Lapuya a la casa Garnier. El viejo editor intimó pronto con el bohemio, que fue «no solo recibido en el Diccionario, sino encargado de la redacción de un libro original, y de materia nada fácil».

Según cuenta el cronista, cuando ingresó en la docta casa, se estaba trabajando en la letra B. Cinco años se habían

empleado en redactar la letra A. «Y como, habiéndome encargado de revisar las papeletas de A encontré horrores, unos cientos de fichas de la primera letra fueron arrojados al cesto. La pequeña ventaja de hallarse ya en la B desapareció con mi entrada».

El gran bohemio Alejandro Sawa tenía la misión de añadir a las voces y definiciones del *Diccionario de la Academia* las acepciones nuevas, tomándolas de donde pudiera. Al lado de Sawa figuraban en la nómina Emilio Prieto, Miguel de Toro, González de la Rosa, peruano que había sido director de la Biblioteca de Lima, Vinardell, Romojara, Vallejo y el director don Elías Zerolo, que era canario. Pero por allí también pasaron Ricardo Fuente, Eduardo Zamacois, Sarmiento, Isaza y Manuel Picouto. Además de Enrique Gómez Carrillo y Luis Bonafoux, procedentes de Sudamérica, aparte de otros muchos bohemios.

París fue, además, la capital europea de la bohemia y foco de atracción de los jóvenes bohemios españoles. La fama de París de capital del mundo, si cabe, se acreció.

«El arte halla en París un ambiente intelectual, respetuoso, comprensivo. Todo lo acepta, lo más excelso y lo más bajo. El gusto del pueblo se educa en medio de la calle, en los carteles, en los escaparates, en los periódicos. Por los bulevares, por los muelles, por el Barrio Latino y Montmartre, las tiendas son museos de arte moderno, donde se acoge el cuadro antiguo y el apunte del último dibujante extranjero, llegado hoy por la mañana para hacer fortuna. Hay una legión de pintores y de industriales, sin contar la turba de

principiantes que se pasean con sus ostentosos bombachos de pana, su gorra de terciopelo y su barba en punto, rematando su cabeza melnuda a lo Van Dick. [...] París tiene una belleza heredada y cultivada con amor. Nunca son bellas las cosas por azar».

En los años de finales del siglo XIX, París era, pues, el ombligo del mundo, el centro intelectual y artístico, donde todos se miraban y allí acudían, no solo españoles sino de todo el mundo. Wilde, desde Londres, y D'Annunzio y Maeterlinck. Y era el foco asimismo de las actividades científicas; es decir, lo era en todo. «Entonces todo lo que ocurría en París —escribió Baroja— tomaba un relieve extraordinario. Fueran políticos, cómicos, bailarines o criminales, los que destacaban en la ciudad llegaban a ser conocidos en el mundo entero».

Zamacois escribió brillantemente de la ciudad del Sena. Vivió el París de la bohemia. «Todos hemos querido a París como se quiere a una mujer. Voltaire dejó prendida su sonrisa en cada calle de la ciudad que será siempre la cámara nupcial de todos los enamorados del mundo. París es una canción. El amor allí es alegre porque tiene el acierto de no querer eternizarse, y, similar a una caricia, se desliza risueño, frívolo, entre una ola de pasión y otra de olvido. El alma enamorada de París está hecha con gotas de ajeno y espumas de champaña. París es la única ciudad donde el amor, cuando termina, se aleja sin llorar. Y, como era inevitable, los días sucedientes a mi llegada, los dediqué a recorrerlo. ¿Cómo embridar la imaginación?... ¿Cómo ponerle cerrojos al ensueño?... Los

museos, las encrucijadas de Montmartre me fascinaban. Las novelas de Víctor Hugo y de Murger habían poblado mi espíritu de lugares y de nombres. Quería visitar la tumba de Musset, pisar las calles citadas por Balzac, oír el eco de mis pasos bajo los portales del Odeón, y tener en el Barrio Latino un amorío de cabellos cortos y rútilos, y ojeras violeta».

Manuel Azaña que lo visitó en 1911, y que nos ha dejado una de las páginas más luminosas sobre la luminosa ciudad, escribió: «Aunque se llegue a París por vez primera, no parece que se le descubre, sino que se le recobra. La razón es clara. Desde hace siglos, esta gran luz irradia sus fulgores por el universo; todavía, a pesar de las orientaciones novísimas, los dos adarques de ideas que pudieran ser las directrices de la vida espiritual española, se han acuñado en París, como tantas otras que fecundaron antaño nuestra alma nacional, adormecida o fatigada. He aquí por qué los españoles del siglo XX nos arrojamamos gustosos en un océano cuyas filtraciones llegan a nuestra tierra con parvedad y un poco adulteradas por la distancia».

Por no hablar de los pintores. Porque no es solo el español Picasso el que parte para París. La fascinación de la llamada *Ville Lumière* seduce, entre los años 1908 y 1910, a Joaquín Sorolla, Hermenegildo Anglada Camarasa e Ignacio Zuloaga. Julio Romero de Torres viaja por Italia y se detiene en París para ver el *arte nuevo*. Ricardo Baroja y Anselmo Miguel Nieto van a pasar allí una temporada, sobre todo para ver de cerca la *revolución picassiana*. Pero también Moya del Pino, Federico García Sanchiz, Emiliano Ramírez

Ángel, Rafael Penagos, Piñole y Evaristo Valle. Juan Echevarría, Francisco Durrio, Pichot, Puy Perucho, Suñer, Mateo Hernández, Luis de la Rocha, Vicente Santaolaria y Nonell, ya hacia tiempo que vivían en París. Eran años, según cuenta el pintor y también autor de unas interesantes memorias, Francisco Pompey, en que todos los pintores conocían apasionados *La obra*, de Zola, cuyo protagonista —Claudio— había sido inspirado en el pintor Paul Cézanne, amigo del novelista. Todos habían visto *Tosca* y *La bohème*, de Puccini y todos los artistas españoles deseaban rendir homenaje a la «Atenas del mundo moderno». Montparnasse volvía a ser el viejo Barrio Latino, y los viejos artistas de Montmartre, poco a poco, van dejando la también *vieja colina* para hacer la conquista del lado izquierdo del Sena.

Carlos Esplá, otro exiliado «en las márgenes del Sena», nos habla del París de 1923, que acoge a los que huyen del golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera. «Meses después, París era una vez más, como lo fue otras varias a lo largo del siglo liberal, refugio de desterrados políticos españoles. ¡Desterrados españoles en París! ¡Qué curioso desfile de personajes, qué riqueza de aventuras, qué rosario de luchas, de miserias y de ilusiones! La sombra de nuestros desterrados y conspiradores del siglo XIX es familiar en los hoteles baratos de París, en las librerías de viejo de los malecones del Sena, en los figones de las callejuelas que rodean al Panteón.

»[...] Durante siete años, París será la capital espiritual del honor español, de la libertad proscrita, de la inteligencia ultrajada, de la patria encadenada.

¿Qué París servirá de paisaje a la acción de los nuevos exiliados, cuál será el escenario de sus luchas y afanes?... El París de 1923 tiene aún metida en sus piedras ilustres la tristeza de la guerra. Sobre ellas no ondean los gallardetes de la Victoria, que no puede ser ya una ilusión francesa. El París de viudas, huérfanos y grandes mutilados no se resigna, sin embargo, al dolor. Busca una nueva vida, una nueva sonrisa, una nueva canción. Los artistas de Montmartre han descendido de la colina sagrada, e instalan sus tiendas en Montparnasse, poniendo cerco a la Rotonde. La *rue* de la Gaité sustituye a la *rue* de Lepic. Las canciones de Kri-Kri a las del viejo Bruant. El Jockey, con su negro que toca el saxofón, al Lapin Agil con el viejo Frederic que toca la guitarra. El japonés Fujita, al catalán Utrillo. Picaso, catalán de Málaga, vuelve a dibujar como los primitivos florentinos. El Napolitain es el último café literario de los bulevares. André Gide y su ambigua corte de donceles se instalan en los Deux Magots, en la orilla izquierda del Sena. Charles Dullin cuelga en el Atelier los telones abandonados del Vieux Colombier. Jules Romains estrena *Knock, o el triunfo de la Medicina*; Marcel Achard, *Mambrú se fue a la guerra*; Giraudoux, *Siegfried*; Vidrac, *El paquebote Tenacity*. Se proyecta la primera película de René Clair. Mueren Sarah Bernhardt y Anatole France. Duhamel escribe los últimos capítulos de la vida atormentada de Salavin y los primeros de la novela francesa de los Pasquier. Paul Valéry toma asiento, bajo la Cúpula, entre prelados y mariscales. Barbusse corta con tos de tísico sus roncadas oraciones evan-

gélicas en los comicios comunistas. Cassou traduce a Gracián y a Cervantes. Pillement, a Gabriel Miró y a Valle-Inclán. Triunfa en las elecciones el “cartel de izquierdas”. [...] y van llegando a París los perseguidos del “nuevo orden” europeo».

Este es el París que van a encontrarse los nuevos desterrados de España y, entre ellos, el primero, don Miguel de Unamuno.

Pero no solo para los españoles. París fue también, durante largos períodos de tiempo, y por lo menos durante dos siglos, la capital de la literatura hispanoamericana. Las razones son varias. Según escribió Christopher Domínguez Michael en el número de julio-agosto de 2006 de *Cuadernos Hispanoamericanos*: «Desde la América española y portuguesa, la elección de Francia, fue una manera fructuosa de evadir a la tosca madre patria peninsular y al envidiado enemigo estadounidense. Y vista desde París, la predilección fue aplaudida, más por conmiseración que por un verdadero compromiso, cuando el segundo Imperio popularizó la noción de una “América Latina”».

Así, tanto Gómez Carrillo, guatemalteco, como Rubén Darío, nicaragüense, hicieron de París, su verdadera patria. Al primero de ellos debemos considerarle como un verdadero parisién. No solo vivió allí la mayor parte de su activa vida, sino que sirvió de embajador para todo el mundo de habla hispana, y podemos decir que quizá fue su mejor cronista y propagador en nuestro idioma. También el mayor enaltecedor de la mujer parisina. «A mi lado pasaban las pari-

sienses. Yo las conocía como conocía los edificios. Las había visto en los poemas, en las novelas, en las estampas. Sabía sus nombres, y hasta tenía una idea muy exacta de sus intimidades. Si no hubiera carecido de tiempo y de humor, las habría parado para preguntarlas lo que hacían. ¿No eran acaso mis mejores amigas? ¿No me habían hecho la confianza de sus penas y de sus intrigas, de sus alegrías y de sus deslealtades?». Pero volvamos a la ciudad. En sus impagables *Crónicas*, contó: «Lo mismo que aquellos embajadores venecianos que no aceptaban las misiones de la Serenísima República sino “para saborear la amargura del destierro y la bienaventuranza del retorno”, yo experimento siempre, en el curso de mis viajes, aun entre las palmeras de la India, aun bajo el cielo de Grecia, aun a orillas del Nilo, una nostalgia parisiense que me hace pensar con algo de impaciencia en el día del regreso. Y cuando, al volver, después de algunos meses o de algunas semanas de ausencia, veo a lo lejos las primeras torres lutecianas, mi pecho palpita lleno de júbilo y de ansiedad. ¡París, canta una vez más en el fondo de mi ser, París. París».

Por aquellas fechas de finales del XIX andaba por París el colombiano Rufino José Cuervo. «Cuervo —escribe López Lapuya— era un verdadero sabio, por tanto era modesto, afable, gentilhomme en maneras, dadivoso de su saber en todas circunstancias. Su caudal intelectual estaba a la disposición de cuantos podían necesitarlo. Y con todo esto, nunca se le agotaba. Prueba excelente de que su inteligencia era creadora».

Igualmente Rubén Darío.

La causa de esta obsesión por París de los escritores hispanoamericanos el poeta se la explica así: «Al extranjero se abre la literatura francesa más fácilmente que otra cualquiera. A causa de su claridad. A causa de su claridad, exige un esfuerzo relativamente escaso y proporciona al extranjero, en pocas y comprensivas fórmulas, una síntesis de la cultura luteciana. Un lírico francés, como Verlaine, es mucho más fácil de entender que Wordsworth».

Porque además de la ciudad de los bohemios, París fue la sede del modernismo hispanoamericano y español. Así Octavio Paz, refiriéndose a los modernistas, escribió: «Su afrancesamiento fue un cosmopolitismo: para ellos París era, más que la capital de una nación, el centro de una estética».

Porque París, cuya capitania general durante todo el siglo XIX se extiende a casi todo el siglo XX, perteneció a los exiliados y a los desarraigados de todo el mundo. Desde Turguénev hasta Kundera, fue la capital de la cultura eslava y aún hoy lo es de muchas literaturas árabes y africanas, como lo fue de la llamada generación perdida. Ciudad cosmopolita antes que multicultural, París supo siempre aceptar al escritor extranjero con entusiasmo, hasta convertirlo, como en el caso de Ionesco, Cioran o Jorge Semprún, en patrimonio de la lengua francesa. Y notables escritores hispanoamericanos como César Moro, Vicente Huidobro, Copi, Héctor Bianchotti, o Silvia Baron Supervielle han transitado del español al francés.

La trágica historia española nutrió a París de una casi permanente presencia, renovada con cada generación y con cada golpe militar, de políticos, revolucionarios y escritores. Porque es un dicho español, «uno no nace parisino, se hace». Dicho que han repetido todos los aventureros de la política y del arte españoles que se lanzaron a la conquista de la grande y vieja Lutecia, siempre cruel con los temperamentos débiles y generosa con quienes han logrado domarla.

No menor fue el dolor de aquellos españoles que no llegaron nunca a París. Así Torres Villarroel cuenta en su *Vida*: «[...] nos volvimos desde Burdeos para España, con el dolor de las malas nuevas de nuestra libertad y con el sentimiento de no ver a París, adonde nos guiaba aún más el gusto que la esperanza de nuestros alivios».

ESPAÑA, TIERRA DE EXILIOS

EXILIADOS, DESTERRADOS, expatriados, refugiados, emigrados —galicismo de *emigrés*, de la Revolución francesa, que nos permite distinguirlos del emigrantes—, también transterrados, acuñado por el filósofo José Gaos. De cualquier modo, la historia de España es pródiga en esta dura experiencia y, según José Luis Abellán, «la reiteración de exilios es una constante en la historia de España desde el momento mismo en que se constituye el Estado moderno». También Clara E. Lida se ha referido en *Inmigración y exilios*, a la larga historia de destierros vividos por los españoles entre el siglo XV y la Guerra Civil y el posterior franquismo. Judíos, moris-

cos, austracistas, jesuitas e ilustrados, afrancesados, liberales, carlistas, y demócratas y republicanos.

El 20 de marzo de 1942, el doctor Gregorio Marañón, que vivió en París durante los tres años que duró la Guerra Civil, dictó una conferencia en la ciudad del Sena, cuyo texto, recogido después en *Españoles fuera de España*, con el significativo título de «Influencias de Francia en la política española a través de los emigrados», empezaba diciendo que «una gran parte de nuestra política interior ha nacido de las emigraciones, y sobre todo en las emigraciones en Francia». Esta nación, y sobre todo su capital, París, había sido desde siempre el destino de los emigrados españoles, tanto por razones geográficas como sentimentales e ideológicas.

Para el médico español, nuestra tendencia al aislamiento fue compensada por las emigraciones políticas. Porque lo único positivo del dolor de una emigración «es la experiencia del vivir en el país extranjero y la ulterior aplicación de esa experiencia a la vida del propio país».

Marañón habló de catorce éxodos políticos a lo largo de nuestra conflictiva historia, y aunque la mayoría de ellos quedan fuera del nuestro objeto, debemos quedarnos con la afirmación de que los emigrados políticos aprendieron políticamente en París, y volvieron a España más experimentados, más instruidos y más tolerantes. Y seguía afirmando, «si se suprimieran mentalmente los exilios del siglo XIX, el rumbo de España hubiera sido totalmente distinto». Los hombres formados en la emigración, más concretamente en París, resultaron en este sentido, decisivos.

De este modo, París —sus hombres, sus costumbres, su política— resulta fundamental para la historia de la España moderna.

Dejando aparte épocas muy lejanas, París estaba lleno de españoles durante todo el siglo XVIII. No eran emigrados, sino hombres de ciencia —físicos, químicos, naturalistas, médicos— que acudieron voluntariamente a perfeccionar sus estudios, pensionados por la corte o por los aristócratas. En palabras de Marañón: «Había también en la corte de Francia muchos de estos grandes señores, que allí acudían a adquirir el título de elegantes o a beber en las fuentes de las nuevas ideas filosóficas. La Enciclopedia fue importada a España por los duques y los marqueses. Varios de ellos fueron amigos personales de Voltaire, como el marqués de Mora, el duque de Villahermosa y el conde de Aranda».

La primera emigración liberal duró ocho años, de 1812 a 1820. Formaron parte de ella los españoles más eminentes y futuros dirigentes: Alberto Lista, jefe de la nueva escuela literaria de España; Moratín, el autor dramático castellano más glorioso de su siglo; don Manuel Silvela, ilustre pedagogo; Amorós, el fundador en Francia de la gimnasia moderna; Javier de Burgos, el conde de Toreno, el general Mina, y un largo etcétera. Todos, o muchos de ellos, volverían a España en 1820.

Páginas después, el doctor Marañón en su estudio sobre Luis Vives, nos recuerda que primero estuvo en París, «cuya Universidad estaba llena de españoles y, sobre todo, de valencianos. “Colonia de Valencia” la llamó un autor. Pero

los había de la Península entera. Allí estudiaron o enseñaron Juan de Celaya, el que fue maestro de dos de las más puras glorias de la España de su siglo: el padre Vitoria y Juan Martínez Silíceo; y Juan Martínez Población, maestro de Matemáticas en el Colegio de Francia y médico de la reina; y el erasmista Pedro Juan de Oliver, el amigo de Alonso Valdés; y Juan Gélida, uno de los fervientes de Vives, futuro rector de Burdeos; y los médicos Pedro Jaime Esteve y Francisco de Escobar, y tantos más».

Y con ellos Sancho Carranza de Miranda, probablemente tío del arzobispo de Toledo, Carranza, el que murió en Roma cumpliendo su injusta penitencia; Pedro de Lerma, prior de la Sorbona; Fernando Ruiz de Villegas, humanista y poeta; Pedro Malvenda, que fue después teólogo del Emperador.

En *Prólogo a Españoles en París en la época romántica*, Leonardo Romero Tobar, escribe: «Algo especial poseía el París de los tiempos medievales. Y, además, París no era una ciudad muy lejana para los habitantes de la Península Ibérica; algunos ya la habían frecuentado desde el establecimiento de la Sorbona y por otros motivos y con otros propósitos de los refugiados hispanos de todos los tiempos».

También París, cómo no, reunió al grupo más escogido de la emigración liberal española. En aquellos principios de siglo la capital francesa había experimentado un sensible crecimiento, alcanzando la cifra de ochocientos mil habitantes a comienzos de 1830.

En 1823, se produce la segunda emigración liberal, después del hundimiento del régimen constitucional por la

intervención armada de los Cien Mil Hijos de San Luis. Javier de Burgos calcula que siete u ocho mil emigrados.

Su único denominador común es su vinculación a la política.

¿Por qué eligen París?

París ofrece un doble atractivo. Es la ciudad en que la mayoría de los españoles anhelan vivir o, al menos, pasar alguna temporada. Por otra parte, es etapa casi obligatoria cuando se inicia una gira por Europa. Antonio María Segovia el Estudiante, en su *Manual del viajero español de París a Londres* (1851), especifica los motivos del viaje:

- 1.- «Por mero solaz y deseo de instrucción general»; eso vale para la clase acomodada y rica.
- 2.- Para recobrar la salud perdida. Puede referirse a cuidados termales.
- 3.- Para «hacer estudios especiales y adelantos en su profesión, o conocer más a fondo el estado de ella en el extranjero».
- 4.- Por «miras de interés o despacho de negocios». París era el verdadero centro de la moderna civilización.

Se excluye aquí a los emigrados obligatorios.

Pero había más cosas. Eugenio de Ochoa (1815–1872), enumera los atractivos que ofrece París a los españoles: «De mucho tiempo a esta parte, la Francia es como el refugio natural de los desgraciados de todas partes, esto es noble, esto es bello; cualquiera que sea su bandera política, la des-

gracia está siempre segura de hallar en Francia lo que le niega su propio país y un techo para su abrigo».

Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873) reconoce que el conocimiento de la capital francesa es imprescindible por «la huellas monumentales que ha dejado el pasado» y por ser «el gran teatro de memorables acontecimientos que tanto han influido siempre en el destino de las grandes naciones».

Sin olvidar a Larra (1809-1837), que, en oposición a Madrid, donde reina el silencio y donde «escribir es llorar», escribir en París es como lanzar una piedra en un estanque en donde la onda se propaga «hasta el confín de la superficie».

Porque al lado de los escritores acuden a París los artistas. Así, en la primavera de 1837 llega a París el joven pintor Federico de Madrazo (1815-1894).

Entre estos españoles emigrados figuraba el conde de Toreno, presidente de las Cortes en el trienio liberal. Volvió a París en 1822, y desde allí conspiró contra Fernando VII. Según la policía francesa que lo vigilaba estrechamente, había vendido todos sus bienes en España y se dedicaba en París a las operaciones de banca. En abril de 1827, comenzó a escribir su *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*, que terminó en 1830, y en julio de 1833 regresó definitivamente a España.

Allí también, los marqueses de Pontejos, en cuya casa, según la policía francesa se reunían todos los revolucionarios españoles que viven en París. Martínez de la Rosa, que llegó a París en 1824, tuvo una vida social activa. Algo alejado de los avatares políticos, escribió algunas de sus mejores obras

y mantuvo una buena relación con Balzac, quien le dedicó su novela *El verdugo*. Mantuvo también contactos con Chateaubriand, *madame* de Récamier, Tocqueville y Guizot.

En París vivieron muchos liberales dedicados al mundo de los negocios, como Bertrán de Lis.

Y cómo olvidar a don Manuel Godoy (1767-1851). Exiliado en 1831, el príncipe de la Paz y duque de Alcudia se comporta en París como «un jubilado de la política». Al principio se instala en una casa lujosa, pero poco a poco inicia una irreversible caída hacia la más pura indigencia y desamparo, dedicado a la redacción de sus *Memorias*.

Por los testimonios de Mor de Fuentes, de Mesonero Romanos y de lord Holland, que le visita en septiembre de 1838, se conoce que le gustaba pasear por los jardines de las Tullerías. En época más cercana a su muerte, Mesonero le observa bajo los árboles de las Tullerías, «entretenido con los niños que jugaban en derredor suyo. [...] Otros de sus comensales en dicho jardín solían ser los cómicos de provincias, que se reúnen allí, como en Madrid en la plaza de Santa Ana, los cuales solían tomarle por un actor jubilado o un aficionado veterano, y le conocían únicamente por *monsieur* Manuel, sin sospechar jamás que sobre aquella hermosa cabeza había descansado una corona efectiva de Príncipe [...]».

A su muerte, fue enterrado en el famoso cementerio Père Lachaise, y mereció este comentario de Mesonero Romanos: «Solo su muerte, a los ochenta y cuatro años de edad y cuarenta y cuatro de su caída, volvió a hacer resonar su nombre por un momento y a revelar a la capital vecina su existencia en ella».

A pesar de ser Godoy el personaje más conocido de la emigración en París, sus *Memorias*, aparecidas en 1836, no gozaron de especial interés y favor. «El hombre, que a los sesenta y nueve años de edad, aislado en una tierra extranjera, sin libros, sin socorros, sin correspondencia escrita, privado de sus cajas de documentos, ha dado cuenta tan excelentemente de una época histórica importante», aparece en su preámbulo.

Es también en París donde los emigrados liberales descubren el costumbrismo. Así entre los muchos tipos que desfilan por *Los españoles pintados por sí mismos*, aparece «El emigrado», escrito en este caso por uno de ellos, Eugenio de Ochoa.

Desde entonces, emigrados y turistas se aficionan a dejarnos sus propias «impresiones de París». «Pero todos, escritores novatos o experimentados, se enfrentan con unas dificultades de escritura procedentes de la inmensidad del cuadro que se ofrece a la vista y de la plétora de objetos variopintos que describir» (Jean-René Aymes). Así, con su acostumbrado ingenio, Fray Gerundio, seudónimo de Modesto Lafuente (1806-1866), imagina que a Dios se le antojó disponer «una granizada de palacios, templos, basílicas, museos, academias, hospitales, bibliotecas, estatuas, jardines, teatros y todo género y especie de monumentos». Y efectivamente, «los relatos de viajes a París van a distinguirse unos de otros por el espacio diferente que los autores conceden a la descripción, comentada o no, de esas clases de instituciones o edificios». (Jean-René Aymes). A veces se

convierten en verdaderas guías para turistas, y repiten nombres célebres que hablan por sí mismo a la imaginación, como Tullerías, Palais Royal, Notre-Dame o el cementerio Père Lachaise.

Unos se refugian en el humor, como en el caso de Lafuente. Otros, como Mor de Fuentes, incluyen elogios y denuncias. «París viene a ser una librería perpetua», con «tiendas muchísimas y perfectamente surtidas», pero «el mal gusto ha presidido a la construcción de la Casa de la Ciudad»; «árboles y flores transforman el cementerio del Padre Lachaise en un ameno espacio bucólico», pero en la Cité, «el agua de las fuentes que corre por el arroyo humedece y ensucia empedrado y transeúntes».

Pero, en general, estas páginas están llenas de admiración y hasta amor, envidia y complacencia con la ciudad «capital del mundo». En otras, se contraponen París y Madrid y hasta Francia y España. Según Ramón de Mesonero Romanos: «Cuando comparé todo este majestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces he contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este».

También el pintor Madrazo participa y sufre de esta comparación. En carta a su padre fechada el 19 de octubre de 1838, escribe: «En todas partes se trabaja y adelanta en la misma proporción. Cada vez que pienso en esto me pongo triste comparando ese movimiento, ese adelantamiento, esta

actividad, esta riqueza, etc., con la pobreza, el abandono y el atraso de nuestro pobre país».

Los escritores españoles de París suelen oponer a su deslumbrante civilización la mediocridad y degradación moral de sus habitantes. El pintor Madrazo experimenta un cierto odio a ese pueblo frío e indiferente a los demás. Mesonero se encuentra decepcionado por ese «pueblo extraño, agitado y egoísta» lleno de «desconfianza natural». Solo lo hace dinámico su afán de enriquecimiento. En palabras de Jean-René Aymes: «Esa pintura negra del carácter francés y parisino lleva a abultar el contraste con el carácter español hiperbólicamente ensalzado por una serie de virtudes y admirables tendencias: la franqueza natural, la amabilidad, el desprendimiento y la hospitalidad».

Según el mencionado Aymes, estos visitantes de principios y mediados del siglo XIX, valoran sobremanera el París moderno, abierto y geométrico. Sin embargo, los del siglo XX vuelven sus ojos al París antiguo y sobre todo al París literario, que han dibujado Balzac y otros grandes escritores. Baroja señaló que «no es la historia de la Francia antigua ni su literatura clásica lo que ha hecho la popularidad de París en el mundo entero. Lo que ha producido esa fama han sido la revolución y la novela del siglo XIX, sobre todo el folletín».

«Para los madrileños, en especial —escribió Mesonero Romanos en sus célebres *Escenas matritenses*—, la visita a París es tan necesaria como para los musulmanes la peregrinación a la Meca, o para los ingleses el *viaje grande*. No

parece sino que sin ir allá no puede ningún hombre ser hombre de importancia; y al oír las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes de los que no llegan a ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oír y envidiar por los demás, y la consideración que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que están a su alcance.

»Hay quien destina a los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van a buscar la instrucción en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nación sus capitales, cuáles se atraen una persecución cualquiera para tener una ocasión de emigrar; unos buscan una comisión que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demás ensalada italiana que traía en sus alforjas el estudiante gallego de Moratín; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinticuatro horas la felicidad de la patria; y los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinación del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *manera* y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trajes, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Solo la moneda se nos va».

Aunque menos conocida que la de los escritores y refugiados, también abundaron los pintores españoles. El citado José Madrazo (1781-1859), apodado Madrazo el viejo, reside

en París ya en 1802. Estudia con David, llegando a ser el más representativo pintor español del davidismo. El gran Goya vive también dos meses parisinos, entre el 30 de junio y el 1 de septiembre de 1824. Parece ser que acudió motivado por conocer más a fondo la técnica de la litografía. Seguido por la policía, sabemos por Moratín que «Goya llegó bueno a París». Se alojó en el hotel Favart, 5, *rue de Marivaux*. Uno de sus biógrafos cuenta: «Goya ha pasado por París como pasó en su juventud por Roma medio siglo antes, envuelto en su propia atmósfera personal, impermeable a los prestigios de la cultura y el arte ajenos, por que, ¿para qué los necesita quien es y será la personificación del arte y la cultura?».

Quizá el más francés de los pintores de esos años fue Federico Madrazo, hijo. En 1833 emprendió su primer viaje para ampliar sus conocimientos. Como también fue el caso de Jenaro Pérez Villaamil.

La mayor parte del libro de Castelar *Un año en París* está dedicado a informar de la Exposición Mundial francesa de 1867. La influencia de esta muestra fue enorme entre los españoles. En 1869 dos de nuestros más grandes escritores están en París: Galdós y la condesa de Pardo Bazán. De la condesa resultó una colección de ensayos bastante interesantes. Se publicaron en *La Época*, y después en libro con título de *Al pie de la torre Eiffel*. También informó de la Exposición de 1899, *Cuarenta días en la exposición. (Obras completas, tomo 2)*.

Hasta los poetas se sintieron impresionados por la muestra, y entonaron alabanzas y sonetos en loor del aconteci-

miento y de París. Ortiz de Pinedo, *La Exposición Universal de París*, en *La Ilustración*, 1878, o el soneto *Enfrente de la Torre Eiffel*, de Manuel del Palacio, en *La España moderna*, de 1889.

También el París contemporáneo representaba para Clarín el centro espiritual de Europa. «La febril movilidad de la literatura intelectual de París no encuentra en ninguna parte un igual», escribió. Piensa que París, en virtud de su rica y varia experiencia, vive una vida completamente insospechada hasta ahora.

Se produce un cambio en la mentalidad de los españoles en los años de la transición del siglo XVII al XVIII. Si se compara a Gracián (1601-1658) y Feijoo (1676-1764) se constata. En la segunda parte de *El Criticón* (1653), Gracián habla con extensión de los franceses. Ve lo bueno y lo malo. Le parecen diligentes, corteses e ingeniosos, pero también avaros, falsos y superficiales: «Tienen grandes virtudes y tan grandes vicios que no sé fácilmente averiguar cuál sea el rey, y al fin ellos son antípodas de los españoles». En cambio, Feijoo, hijo de su tiempo y penetrado del espíritu de la ilustración, fue un completo afrancesado.

La Exposición Universal de 1889 levantó entre los españoles una pasión colectiva.

Los hispanoamericanos no fueron inmunes, sino todo lo contrario, a la atracción de París. El guatemalteco Gómez Carrillo, gran viajero y parisiense de adopción, escribió que llegó siempre a todas las ciudades como un místico peregrino, lleno el corazón de ilusiones y la memoria poblada de recuer-

dos. «Pero si he de decir la verdad, confesaré que nunca esa embriaguez de todos los sentidos ha sido tan intensa como aquella tarde, ya muy lejana, en que llegué a París, como quien llega a una cita suprema. ¡París! —decía una voz misteriosa dentro de mi pecho—. ¡París! Y sin acertar a darme cuenta de lo que mis ojos veían, gozaba como nunca hasta entonces había gozado».

Cuenta Pérez Ferrero en *Unos y otros* que en los años cuarenta había en París una «Tasca», cerca del Arco del Triunfo, en una callecita que se llama L'Étoile, conocida por los españoles como «La tasca de Echegaray», que era el nombre del dueño.

Era punto de reunión en las horas del almuerzo y sobre todo de la cena, de unos cuantos españoles que residían en París y de algunos argentinos que trabajaban en la Agencia de Noticias que tenía establecida *La Nación* de Buenos Aires en la Avenida de los Campos Elíseos.

En la Tasca, la carta estaba escrita en español y se podía comer un regular cocido, alubias blancas y encarnadas, tortilla de patatas a la madrileña y un largo etcétera de platos.

A la Tasca se aficionaron enseguida Encarnación López, la Argentinista, que vivía muy cerca, y su hermana Pilar y Baroja, residente allí durante los años 1938 y 1939.

Echegaray era de Irún y hablaba tan mal el castellano como el francés. A Baroja le hacía gracia.

En una ocasión dio a la bailarina y al novelista una comida. Don Pío llegó muy abrigado, con un abrigo oscuro y su bufanda y su inseparable boina. El dueño se deshizo con el

escritor en toda clase de amabilidades. Cuando se fue el novelista, Echegaray preguntó:

—¿Y el señor Baroja, qué hace ahora?

—Escribiendo como siempre —le respondieron.

A lo que Echegaray añadió con aire apenado:

—¡Pobre hombre!

Se veía que el tabernero vasco tenía lástima por cuantos se dedican a este ruinoso negocio de las letras.

Manuel Azaña, en carta un amigo, asegura: «¡Porque vivir en París es vivir libre!», coincidiendo con Larra, que sentía que los hombres, en la ciudad del Sena, eran verdaderamente porque eran «libres en las costumbres».

Es necesario recordar que cuando algún personaje político reprochaba a la Junta para Ampliación de Estudios que los becarios residentes en París no hacían más que pasearse por los *quais* y comprar libros en los *bouquinistes*, don Francisco Giner (o quizá el Sr. Cossío) contestaba no sin razón: «¿Le parece a usted poco?». Porque Giner sentía que al regresar muchos jóvenes españoles con algo más impalpable que las «orientaciones modernas» a que se refería Azaña afectaban también la forma de vida española.

O Max Aub: «Donde quiera que se esté, uno se acuerda siempre de París». Y González Ruano: «París era entonces todo. Allí estaban enterrados todos los héroes que yo amaba. Allí había un laberinto de barrios y de calles cuyos nombres casi no podía yo decir sin cierto énfasis declamatorio. Sí, París era todo».